

marcharon los unos sobre Toledo, los otros sobre Córdoba. Encerrado por ellos Abdelmelek en esta última ciudad, llamó entonces él mismo á los sirios de Ceuta, y los hizo trasportar á condiccion de que habian de reembarcarse cuando él lo creyera oportuno. Baleg, en el apuro en que se hallaba, aceptó todas las condiciones.

Vinieron, pues, los veinte mil sirios á España en una desnudez espantosa. Vestidos y armados que fueron, unidos á los árabes andaluces pelearon con los berberiscos y los derrotaron, vengando el desastre de Masfa. Mas cuando Abdelmelek no tuvo necesidad de ellos y en cumplimiento del tratado quiso hacerlos reembarcar para Africa, negáronse á ello abiertamente, los auxiliares se convirtieron, como de comun acontecimiento, en enemigos, pusieron sobre Córdoba, apoderáronse de Abdelmelek, y no olvidando Baleg su primera negativa de socorro, sin respeto á la blanca cabellera del anciano emir, impúsole el castigo que él habia ejecutado en Zehiad, é hizo ahorcar entre un perro y un cerdo. Así los sirios se trocaron de miserables aventureros en señores de España, y aclamaron emir á su jefe Baleg (entre los años 742 y 743). No sufrieron los árabes andaluces que unos extranjeros les pusieran así la ley, y se revolucionaron. Tambien Thaalaba, segundo jefe de los sirios, se negó á reconocer la eleccion de Baleg. La mas completa escision y anarquía se declaró en los ejércitos musulmanes. Vino á aumentar la confusion y el desórden el walf de Narbona Abderrahman ben Alkamah, uno de los árabes mas ilustres, que á la cabeza de un gran número de descontentos acudió desde la Septimania á medir sus fuerzas con Baleg. Encontráronse los walfes en los campos de Calatrava (Calat-Rahba), batiéronse cuerpo á cuerpo, la lanza de Abderrahman atravesó el cuerpo de Baleg, derrotó su huete y fué apellidado *al Mansur* (el victorioso). Reunió Thaalaba los restos del ejército sirio, se apoderó de Mérida (743), pasó á Córdoba y se hizo proclamar emir. Tal era el estado de desconcierto del imperio musulmánico en la Galia, en Africa y en España (1).

Por su parte los cristianos del Norte, gallegos, cántabros, vascones y euskaros, mal sujetos á la dominacion sarracena, apoyados los unos en sus vecinos de Aquitania, alentados los otros con el ejemplo de los asturianos, y animados todos con las discordias en que se destruían las razas y bandos del pueblo musulmánico, hacian esfuerzos ó por defender ó por rescatar su independencia, y aunque sin concierto todavía ni combinacion, comenzaban á entenderse, porque los impulsaba un mismo pensamiento, los unia un mismo peligro, un mismo odio al extranjero, una misma fe.

Conoció Alfonso de Asturias todo el partido que de este concurso de circunstancias podia sacar, y resolvióse á levantar el pendon de la conquista y á ensanchar los reducidos límites de su reino, saliendo de los atrincheramientos rústicos á que estaba concretado. Compartió el mando de las tropas de la fe con su hermano Fruela, y con animoso corazon franqueó las montañas que dividen las Asturias de Galicia (742). O mal guardado, ó abandonado entonces acaso este país por los sarracenos disidentes, Lugo vió con alegría ondear en su recinto el estandarte de los cristianos; Orense y Tuy recibieron con júbilo las bandas libertadoras de la fe: las ciudades de la Lusitania, Braga, Flavia, Visco, Chaves, acogian con entusiasmo á sus hermanos de Asturias. Lástima grande que las crónicas no nos hayan relatado sino en conjunto la serie de las conquistas ejecutadas por el esforzado Alfonso, ni fijado con exactitud el órden de las excursiones, ni dado noticia cierta de las dificultades con que hubo de tener que luchar en su atrevida cruzada. Refiérennos en globo haber tomado, además de las expresadas ciudades, las de Ledesma, Salamanca, Zamora, Astorga, Leon, Simancas, Avila, Segovia, Sepúlveda, Osmá, Saldaña, Auca, Clunia y otras muchas de los territorios de Cantabria, Vizcaya, Álava, hasta el Bidasoa y los confines de Aragon, llevando sus armas victoriosas desde el Océano Occidental hasta los Pirineos, y desde el Cantábrico hasta las sierras de Guadarrama y últimos términos de los Campos

(1) Isid. Pacens. Chron. n. 63 y sig.—Conde, part. I, cap. 29 y sig.—Ben Alabar de Valencia, en Cassiri, tom. 2.

Góticos que taló y yermó (2), recorriendo con sus triunfantes pendones una cuarta parte de la Península.

Suponemos que haria en diferentes años estas rápidas y gloriosas excursiones, las cuales por otra parte no podian ser conquistas permanentes: antes bien la devastacion y el incendio iban señalando las huellas de la marcha de Alfonso. Los campos eran talados, desmanteladas las poblaciones, las guarniciones sarracenas degolladas, los hijos y mujeres de los vencidos llevados como esclavos, los cristianos mismos recogidos para poblar con ellos las comarcas de Cantabria, Alava y Vizcaya, menos expuestas á la invasion de los musulmanes. Solo conservó y fortificó las ciudades de las montañas límites á sus antiguos Estados, las que se prometia poder conservar. Leon y Astorga eran de este número. Un historiador árabe describe así las expediciones de Alfonso: «Entonces vino Adefuns, el terrible, el matador de hombres, el hijo de la espada: tomó ciudades y castillos, y nadie osaba hacerle frente; mil y mil musulmanes sufrieron por él el martirio de la espada; quemaba casas y campiñas, y no habia tratados con él (3).» Aterraban á los árabes aquellos rudos montañeses, con sus largas cabelleras, sus groseras mallas de hierro, armados de hondas, del dardo ibero, del puñal cántabro, de horquillas de dos puntas, de aguzados chuzos y de cortas y cortantes guadañas, precipitándose de las sierras sobre los valles y campiñas.

En las poblaciones que conservaba, iba Alfonso restableciendo el culto católico, reponiendo obispos, restaurando ó erigiendo templos y dotando iglesias, lo cual le valió el dictado de *Católico*, que siglos adelante habia de aplicarse á otro rey de España para seguir siendo apelativo de honor de los monarcas españoles. Para defensa y seguridad de las fronteras, en las quebradas y en los lugares mas enricados de las breñas y montes iba tambien erigiendo fortalezas y castillos, *Castella*, de donde mas adelante habian de tomar su nombre dos provincias de España. Así empleó Alfonso los 18 años de su reinado, de modo que á su muerte, acaecida en 756, el reino de Asturias se extendia, aunque inseguramente y sin solidez, por toda la ramificacion de los Pirineos desde Galicia y la Cantabria hasta la Vasconia. Murió Alfonso en Cangas y sus restos mortales fueron sepultados en el monasterio de Santa María de Covadonga que él habia fundado, donde fueron tambien trasladados los de Pelayo. Las crónicas cristianas cuentan los milagros que señalaban sus últimos momentos, y dicen que en su entierro se oyó á los ángeles cantar en armoniosos coros el salmo: *Ecece quomodo tollitur justus* (4).

Grandemente habia favorecido al éxito de las correrías militares de Alfonso el anárquico estado en que los musulmanes continuaban, no mas lisonjero que el que anteriormente hemos descrito. Ciertamente que en Africa el emir Hantala habia logrado vencer y sujetar, momentáneamente al menos, la raza indomable de los berberiscos. Pero la idea de descargar el suelo africano de esta gente feroz y desalmada trasplantándola á nuestra Península vino á aumentar los elementos de discordia que ya pululaban en ella. Quince mil *magrebinos* fueron trasportados á España al mando del emir Hussan ben Dirhar, llamado tambien Abulkatar. Llegaron estos africanos á dar vista á Córdoba á tiempo que Thaalaba iba á degollar en las afueras de esta ciudad mil prisioneros berberiscos. Preparábase una inmensa muchedumbre á presenciar el horrible suplicio de aquellos infelices, cuando entre nubes de polvo se divisaron banderolas y turbantes y el brillo de fulgentes armas. A la llegada de Abulkatar se suspendió la sangrienta ejecucion; los que iban á ser sacrificados fueron puestos en libertad, ordenó Abulkatar la prision de Thaalaba, y encadenado le envió á Africa á disposicion del emir (744).

Deseoso Abulkatar de poner término á las escisiones en que se despedazaban las diversas razas de los musulmanes españoles, é informado de que una de las causas mas fuertes

(2) Campos quos dicunt gothicos usque ad flumen Doriun eremavit. Chron. Albeld. n. 52.—Los Campos Góticos se extendian entre el Duero, el Esla, el Pisuerga y el Carrion. Hoy se llama este país *Tierra de Campos*, y pertenece á Castilla la Vieja.

(3) El Laghi, citado por Faustino Borbon, *Cartas*, p. 176.

(4) Sebast. Salmant. n. 15.—Silens. 26.—Chron. Ovet. p. 65.

de las discordias era la reparticion de tierras, aspirando todos á poseer las fértiles campiñas de Andalucía, y principalmente los árabes y sirios que se creian con derecho de preferencia en la reparticion, como lo eran en la jerarquía religiosa, quiso por un medio ingenioso cortar todas las disputas, acallar todas las pasiones y contentar todas las voluntades, haciendo una nueva y general distribucion de territorios, señalando á cada tribu aquellas tierras ó comarcas que mas se asemejaban á su país natal, y cuyo suelo y clima les suscitasen mas dulces recuerdos de su patria. Así á los de la Palestina les señaló el país montuoso de Ronda, Algeciras y Medina Sidonia, que podian recordarles su Líbano y su Carmelo: los que habian pastoreado en las márgenes del Jordan establecieron en Archidona y Málaga, á orillas del Guadalhorce, que corre como el Jordan entre pintorescos valles; asentáronse los de Kinsarina en tierra de Jaen; algunos persas se quedaron en Loja; los de Wacita en los alrededores de Cabra; los del Yemen y Egipto obtuvieron las comarcas de Sevilla, de Ubeda, Baza y Guadix; á otros egipcios les fué designada la tierra de Osonoba y Beja; los de Damasco no hallaron país ni cielo que les representara mejor los jardines y verjeles que rodeaban la corte de sus califas, que las márgenes del Genil y la vega de Garmathah y de Elvira, y adoptaron por nueva patria el país de Granada: á los árabes de Palmira les fueron señaladas las campiñas de Murcia y las comarcas orientales de Almería, que formaban la tierra de Tadmír. Por algun tiempo llamaron á Elvira *Damasco*, á Málaga *Arden*, á Jaen *Kinsarina*, á Murcia *Palmira*, *Palestina* á Medina Sidonia, y así á las demás (1).

Estas adjudicaciones no se hicieron sin perjuicio de los cristianos, saliendo entre ellos el mas lastimado en sus intereses el godo Atanaildo, que por muerte de Teodorico obtenia el señorío de la tierra de Murcia. Impúsole Abulkatar fuertes tributos para el mantenimiento de los nuevos colonos, ó ereyéndose ó suponiéndose desobligado el emir de guardar los convenios y estipulaciones ajustadas entre Teodomiro y Abdelaziz. Así fué desapareciendo aquel Estado que el valor de Teodomiro habia sabido conservar enclavado entre los dominios musulmanes, sin que de él vuelva á hacer mencion la historia (2).

Lo que se hizo para traer las tribus á una concordia vino á ser causa de disturbios mayores. Samail, jóven sirio de ilustre cuna, pero de genio inquieto y discolo, práctico en el ejercicio de las armas y astuto para tramar conspiraciones, alzó el estandarte de la rebelion so pretexto de que la tribu del Yemen, á que pertenecía Abulkatar, habia sido la mas favorecida en la distribucion de los lotes. Adhiriósele Thueba ben Salemi, aunque yemenita, y juntos declararon una guerra cruel á Abulkatar y á las tribus de su partido. Nada puede dar mejor idea del extremado encono á que se dejaron llevar en esta guerra aquellas razas vengativas que la descripción que hace un historiador árabe de las batallas que se dieron cerca de Córdoba: «Fué, dice, como un duelo caballeresco entre dos ejércitos de quince á veinte mil hombres cada uno.... No hubo lanza que no se rompiera, y los caballos heridos y sofocados por el calor, ni obedecian ya el freno ni podian moverse; echaron los jinetes pié á tierra, y arremetiéronse espada en mano.... la mayor parte rompieron tambien sus aceros, pero no por eso dejaban de combatir, los unos con el pedazo de alfanje que en las manos les quedaba, los otros hasta con puñales de arena y de guijo. Los que no hallaban con qué herirse se abrazaban cuerpo á cuerpo, se asian por la garganta, por los cabellos, luchando, haciéndose rodar por el polvo, sobre los cuerpos de los heridos, de los moribundos, de los muertos. Hácia el medio día la victoria estaba indecisa, faltaban ya á todos las fuerzas.... cuando de repente vienen de Córdoba algunos centenares de hombres á mezclarse en la pelea. No eran guerreros, era un populacho tumultuoso de artesanos, de ganapanes, de carniceros, ávidos de sangre, armados de lanzas ó de espadas, de hachas, de palos, de cuchillos ó de piedras.... que en otra ocasion no hubieran excitado sino risa, pero que

(1) Xerif Aledris. Geogr.—Ben Alabar, Cassiri, tom. 2.—Conde, cap. 33.—Al Kattib de Granada, part. I.

(2) Segun el Pacense, le exigió 27,000 sueldos. Chron., n. 39.

en la crisis en que la lucha se hallaba no tuvieron qué hacer sino ó prender ó degollar.... (3).»

Alzóse Thueba de resultados de esta batalla con el poder soberano de la Península: recompensó á Samail dándole el emirato independiente de Zaragoza y de la España oriental, pero los walfes de Toledo y de Mérida se negaron á obedecer al usurpador. Así se fraccionaba ya en pedazos el imperio fundado por Muza y Tarik. La anarquía, el desórden y la inseguridad eran tales, que hasta los labradores y pastores tenian que defender con las armas sus propiedades y ganados. Era esto en ocasion que Alfonso de Asturias paseaba los estandartes cristianos, desde la Lusitania hasta la Vasconia. Aprovechábase bien Alfonso del desconcierto de los musulmanes. En tan angustiosa situacion las diferentes razas de árabes, sirios, egipcios, persas, yemenitas y berberiscos, por un natural instinto de conservacion acordaron dar una tregua á sus rivalidades y reunir todas las fuerzas del Islam bajo la autoridad única y central de un emir. Congregáronse los mas nobles jefes en Córdoba en una especie de asamblea general de los Estados musulmanes, y conviniendo en la necesidad de elegir un jefe bastante enérgico que administrara justicia por igual y los sacara á todos de aquel estado de anarquía, recayó la eleccion en Yussuf ben Abderrahman al Fehri, noble coraixita y caudillo acreditado, que habia sabido mantenerse extraño á todos los partidos, siendo por esta razon recibido su nombramiento con aplauso y contentamiento universal (746).

Dedicóse Yussuf á escuchar y satisfacer las quejas de los pueblos; arregló la administracion, reformó la estadística, destituyó á los malos gobernadores, consagró la tercera parte de las rentas de cada provincia á la construccion de mezquitas y á la reparacion de puentes y caminos, y dividió la España musulmánica en cinco grandes provincias ó emiratos cuyas capitales eran: Córdoba, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. De hecho el emir de España obraba ya con independencia del califa de Damasco, ó era por lo menos una dependencia casi nominal. De ello se valió el ambicioso Ahmer ben Amrú, walf de Sevilla, para intrigar con el califa contra Yussuf y Samail á quienes aborrecia mortalmente. Descubrióse la intriga por una carta que le fué interceptada. Yussuf y Samail trataron de deshacerse de Ahmer y no pudieron lograrlo (753). Nuevas guerras civiles volvieron á ensangrentar los campos de la España musulmana, porque le fué fácil á Ahmer indisponer de nuevo á las siempre rivales y jamás bien unidas tribus. Pelearon, pues, otra vez encarnizadamente árabes, sirios, egipcios y mauritanos, y guerrearon entre sí los emires y walfes de Córdoba, Zaragoza y Toledo. Toda la España ardia en guerras civiles: todos sufrían: era un estado insoportable. Veremos cómo el mismo exceso del mal les inspiró el remedio.

#### CAPITULO IV

##### Los Omniadas de Córdoba

DE 756 Á 774

Revolucion de Oriente.—Cambio de dinastía en el califato de Damasco.—Los Omeyas.—Los Abassidas.—Horrible exterminio de la familia destronada.—Aventuras del jóven Abderrahman el Beni-Omeya.—Acuérdase la fundacion de un imperio independiente en España.—El proscrito Abderrahman es llamado á los desiertos de Africa para ocupar el trono musulmánico español.—Su recibimiento en Andalucía.—Prosiguen las guerras civiles.—Yussuf y Samail.—Triunfos de Abderrahman.—Los hijos de Yussuf.—Marsilio.—Irruptiones de africanos.—Nuevos triunfos y nuevas contrariedades de Abderrahman.—Sitio de Toledo.—Guerra de las Alpujarras.—Espantosa noche en Sevilla.—Sosiégase la Andalucía.—Considerable fomento y desarrollo que dan á su marina los árabes de España.

«Loado seas, Señor Dios, dueño de los imperios, que das el señorío á quien quieres, y ensalzas á quien quieres, y humillas á quien quieres. En tu mano está el bien y el mal, y tú eres sobre todas las cosas poderoso.» Así exclama un autor árabe al dar cuenta de la gran revolucion y mudanza que su-

(3) Manuscrito árabe de la Biblioteca Real de Paris, citado por Faulriol, tom. III.



frío el imperio musulmánico, y que vamos á referir nosotros en el capítulo presente.

No era solamente en Africa y en España, no era solo en estos dos emiratos independientes de Damasco donde ardía el horno de las guerras civiles, donde lo devoraba todo el fuego de la discordia. Acontecía otro tanto en Siria, en el centro del imperio, en la corte misma de los califas. Por eso no podían ni reprimir con mano fuerte las revueltas de Africa y España, ni atender al buen gobierno de estas dependencias, ni evitar que se desgarraran en disensiones. Antes bien, veían cómo se iban aflojando los lazos de estas provincias con el gobierno central, y cuando los wálfes de las ciudades procedían á nombrar su emir de propia autoridad y sin consultar á Damasco, como sucedió con Yussuf en España, la situación vacilante y débil en que se encontraban los califas los obligaba á ratificarlo, ya que no podían impedirlo.

Combatido y vacilante traían las contiendas civiles el trono imperial de Damasco, principalmente en los cuatro últimos reinados, desde Walid ben Yezid hasta Meruan, todos de la ilustre familia de los Beni-Omeyas, que había dado catorce califas al imperio. Meruan veía la marcha que hacía la emancipación iban llevando las provincias mas apartadas. Pero amenazábale todavía otro mayor peligro. La raza de los Abassidas (Beni-Alabas), descendientes de Abbas, tío de Mahoma y abuelo de Alí, aquel á quien el Profeta había dado en matrimonio su hija Fátima, aspiraba á suplantarlo en el trono á los Omniadas ó descendientes de Abu Sofian. Uno de ellos, Abul-Abbas el Seffah, ayudado de su tío Abdallah y del vazir Abu-Moslema, hombre feroz, tipo de los déspotas de Oriente, á quien no se había visto reír en su vida, y que se jactaba de haber muerto medio millón de hombres, levantó el negro pendon de los Abassidas contra el estandarte blanco de los Omeyas, en cuyos colores se significaba la irreconciliable enemistad de los dos bandos. Meruan llamó á todos los fieles á la defensa de la antigua dinastía imperial; pero emprendida la guerra, perdió Meruan el trono y la vida en una batalla á manos de Saheh, hermano de Abdallah. Abul-Abbas se sentó en el trono de Damasco. Gran revolución en el imperio musulmánico de Oriente. Ella se hará sentir en España (749).

Horrible y bárbaro furor desplegaron los vencedores contra la familia del monarca destronado. Propusieron exterminar hasta el último vástago de la noble estirpe de los Omeyas. Todos los que podían ser habidos eran degollados. Noventa miembros de aquella ilustre raza habían hallado asilo cerca de Abdallah, tío del nuevo califa; convidóles aquel á un festín en Damasco, como en demostración de querer poner un término á las discordias. Cuando los convidados aguardaban á los esclavos que habían de servirles á la mesa exquisitos manjares, entraron de tropel en el salon del banquete los verdugos de Abdallah, y arrojándose á una señal suya sobre los noventa caballeros, apaleáronlos hasta hacerlos caer exánimes. El feroz Abdallah hizo extender una alfombra sobre aquellos cuerpos espirantes, y sentado con los suyos sobre el sangriento lecho, tuvo el bárbaro placer de saborear las delicadas viandas oyendo los gemidos y sintiendo las palpitaciones de sus víctimas. Otro tío de Abul-Abbas hizo degollar á los Omniadas de Bassorah, y arrojó sus cadáveres á los campos para que los perros y los buitres les dieran sepultura. Falta serenidad y aliento para referir el refinamiento de los suplicios inventados para acabar con la familia y raza de los Omeyas (1).

Solo un tierno vástago de aquella esclarecida estirpe, manco de veinte años, ausente de Damasco al tiempo de las ejecuciones, había logrado salvar su cuello de la tajante cuchilla de los Abassidas. «Bendito sea aquel Señor, vuelve á exclamar aquí el escritor árabe, en cuyas manos están los imperios, que da los reinos, el poderío y la grandeza á quien quiere.... Estaba escrito en la tabla reservada de los eternos decretos que, á pesar de los Beni-Alabas y de sus deseos de

(1) Abul Feda, Annal. moslem.—D'Herbelot, Bibliotec. Orient.—Conde, part. I, c. 39.—Al Makari, History of the mohamm. dinast.—Roder. Tolet. Hist. Arab.

acabar con toda la familia de los Beni-Omeyas, todavía se había de conservar una fecunda rama de aquel insigne tronco que se establecería en Occidente con floreciente estado.» Era este joven Abderrahman ben Moawiah, nieto de Hixem, décimo califa de los Omeyas. Huyendo este joven príncipe de la furiosa persecución de los sacrificadores de su familia, refugióse á Egipto, donde anduvo errante de lugar en lugar, temeroso siempre de ser reconocido. Espiados allí sus pasos, tuvo que pasar al país de Barca, donde entre aquellas tribus salvajes halló una hospitalidad que le era negada en su patria. Allí el ilustre proserito, criado en las delicias de la corte y del serrallo, hacía la vida agreste del beduino, manteniéndose de leche y de cebada medio cocida, y abrigándose en un humilde aduar, pero admirando á todos por su agilidad y destreza en el manejo de un caballo, por su conformidad en las privaciones, por el sufrimiento en las fatigas y por la serenidad en los peligros. Un día llegaron allí los emisarios del califa con un grueso destacamento de caballería: «¿Está por aquí, preguntaron á los beduinos, Abderrahman el Beni-Omeya?—Aquí ha venido, respondieron, un joven desconocido que acompaña á la tribu en sus cacerías: hacía aquel valle ha salido con otros jóvenes á la caza de los leones.» Y les señalaron una lejana cañada. Dirigiéronse allí los satélites del califa, y entre tanto avisado Abderrahman pudo fugarse con seis animosos jóvenes del aduar que se brindaron á escoltarle.

Caminaron los siete viajeros cruzando montes y collados de arena, oyendo á su paso el rugido de los leones y el maullido de los tigres, y errando de desierto en desierto llegaron á Tahart, en la Mauritania, capital de la tribu de los zenetas, donde había nacido Tarik, el conquistador de España (2). La madre de Abderrahman era también originaria de aquella tribu. Allí encontró el joven príncipe su patria. Su desgracia, su amabilidad, su noble continente, interesó á los jeques de aquella rústica tribu, y todos le ofrecieron protección. Pero hasta en aquellas apartadas comarcas le perseguía el odio inextinguible del califa (3).

Acontecía esto en ocasión que la guerra civil asolaba las mas fértiles provincias de nuestra España, cuando Yussuf, Samail y Ben Amrú, y las razas partidarias de cada caudillo traían los pueblos fatigados con sus peleas, y los hacían víctimas de sus rivalidades y particulares enconos. El mismo exceso del mal, decíamos al terminar el anterior capítulo, les inspiró el remedio. Resueltos á oponer un dique al torrente de tantas calamidades, acordaron los ancianos y jeques de todas las tribus celebrar una junta en Córdoba, con objeto de arbitrar un medio de salir de tan angustiados y aflictivo estado. Congregáronse hasta ochenta venerables musulmanes con sus largas y blancas barbas, como por milagro escapados de la muerte en tantas guerras civiles (4). Convinieron todos en la poca esperanza que había de poder salvar la España musulmana de los horrores de la anarquía, y en el ningún remedio que podían aguardar de la corte de Damasco, agitada como estaba ella misma y á tan larga distancia de la Península. Ayub el de Emeso propuso como único medio de salvación elegir un jefe que los gobernara con independencia del imperio de Oriente, y ante el cual todos se inclinaran, pues ni ellos ni los pueblos debían ser por mas tiempo juguetes de las miserables ambiciones de sus caudillos. ¿Pero dónde hallar un hombre que reuniera tan excelentes dotes como se necesitaban para salvar así la causa del Islam en España? Suspensos estaban todos, hasta que se levantó Wahib ben Zahir, diciendo: «La elección de un príncipe no es du-

(2) Es también el país donde en nuestros días se estableció, según Defrance, el célebre Abdelkader. Pertenecía al Algarbe ó Magreb de Mediodía.

(3) Conde, part. II, cap. 1.

(4) Id. cap. 2. Es la segunda vez que vemos á los musulmanes de España reunirse en asamblea para elegir un jefe que los gobernara. Creemos por lo tanto que se equivocó el ilustrado Roseew-Saint-Hilaire, cuando al hablar de la que antes celebraron los jeques de las tribus árabes y egipcias para nombrar á Yussuf dice: «Esta asamblea, única de este género de que hallamos vestigio en los historiadores árabes....» Histoire d'Espagn. lib. III, c. 3.

dosa: yo os propongo un joven descendiente de nuestros antepasados califas, y del linaje mismo del Profeta. Proserito y errante vaga ahora por los desiertos de Africa sin familia ni hogar: pero aunque perseguido y prófugo, es tal su superioridad y su mérito, que hasta los bárbaros le quieren y le veneran. De Abderrahman os hablo, el nieto del califa Hixem ben Abdelmelek.» Aprobáron todos los jeques el pensamiento, y acordó la asamblea que Theman y Wahib pasasen en comisión á Africa á ofrecer en su nombre al fugitivo huérfano Beni-Omeya un trono independiente en la Península española. Partieron los emisarios, y los demás quedaron preparando los ánimos para el buen éxito de la importante resolución acordada en la asamblea (1).

Mientras los comisionados desempeñaban su encargo cerca del príncipe sirio, á quien hallaron en un pobre aduar de la tribu de los zenetas, Yussuf, vencedor en Aragon del rebelde Amrú, despues de haber tenido á este, con su hijo y su sagaz secretario el Zohiri, encarcelados en Zaragoza, habíalos conducido á Toledo en camellos y con cadenas. Descansado que hubo algunos días en aquella ciudad, partió para Córdoba con los caudillos de Andalucía, cuando una tarde, reposando con su familia en un ameno y frondoso valle del camino, llegaron dos mensajeros anunciándole que los pueblos de tierra de Elvira estaban esperando con ansia la llegada de un príncipe Omniada, á quien habían ofrecido el gobierno de España, y que era universal el levantamiento y entusiasmo por aquel príncipe. Indignado con esta nueva Yussuf, descargó su cólera y rabia sobre los infelices prisioneros, mandándolos despedazar en el acto. El emisario no le había engañado. En aquellos momentos el príncipe Abderrahman con viento propicio verificaba su tránsito de las costas de Argel á las playas de Almuñécar. Agolpáronse los pueblos á recibir al ilustre vástago de los Beni-Omeyas, llamado del desierto para ocupar el trono de España (755). Acompañábanle sobre mil jinetes de la tribu africana que le había dado asilo. No bien puso sus plantas en tierra española el joven príncipe, la muchedumbre le victoreó con frenético entusiasmo: los jeques y caudillos de las tribus sirias y egipcias saludáronle con júbilo y rindiéronle homenaje. La gallarda presencia del joven, que entonces contaba veinticinco años, su talle esbelto y varonil, su dulce mirada y graciosa sonrisa, todo contribuía á aumentar la satisfacción y á realzar la idea que les habían hecho formar de la gentileza del deseado príncipe. Escoltado por sus fieles zenetas, y seguido de una inmensa comitiva, atravesó la Alpujarra y llegó á Elvira, incorporándose en el camino voluntarios de todas partes de Andalucía. Toda su marcha fué una verdadera ovación. Cuando llegó á Sevilla llevaba ya veinte mil hombres armados, y la ciudad le dispuso una entrada triunfal. Jamás príncipe alguno fué mas sinceramente aclamado. «Dios ensalce á Abderrahman ben Moawiah,» era el grito que resonaba por todas partes.

Súpole todo Yussuf el Fehri, y excusado es decir el enojo y desesperación que le causaría. Dió órden á su hijo para que defendiese la ciudad y comarca de Córdoba, mientras él y Samail allegaban gente en las demás partes, y ponían en movimiento las tribus amigas de Mérida, Toledo, Valencia y Murcia. Pero la suerte había abandonado á los caudillos que con sus rivalidades habían manchado de sangre el suelo de España, y púestose del lado del que aparecía en ella como el iris de paz en medio de tantas tormentas, y que había de brillar despues como un sol en despejado horizonte. El joven Abderrahman batió al hijo de Yussuf que le había salido al encuentro, y le obligó á encerrarse en Córdoba. Adelantábanse en tanto Yussuf y Samail con numerosas huestes, confiados en vencer fácilmente á un joven inexperto y bisoño. Pero Abderrahman, dejando en el cerco de Córdoba diez mil infantes, salió con otros tantos caballos al encuentro de los dos orgullosos caudillos; á pesar de la inferioridad y desproporción numérica, embistió Abderrahman con tal ímpetu, que no hubo filas que resistieran las lanzas de sus fogosos escuadrones: los dos ejércitos combinados quedaron deshe-

chos. Yussuf no paró hasta Lusitania; Samail con las reliquias de su gente se retiró hácia Murcia; el hijo de Yussuf salió con sus tropas desalentadas camino de Mérida, y Córdoba abrió sus puertas al vencedor.

De esta manera quedó en poder de Abderrahman la ciudad que había de ser asiento y silla de su imperio. Y aunque todavía para asegurar su naciente trono tuvo que luchar contra recios huracanes, quedó, por decirlo así, instalado el imperio árabe español, independiente de Asia y Africa, empezando la dinastía de los califas árabes españoles con el último y único vástago de la familia de los Beni-Omeyas, que por tantos años había tenido el califato de Damasco.

Dióse pocos días de reposo Abderrahman en Córdoba. Salió luego para Mérida con la mayor parte de su ejército. Las ciudades le abrían sus puertas como á un libertador, y los jeques se le presentaban á rendirle homenaje. Mas noticioso el hábil Yussuf de la escasa guarnición que en Córdoba había dejado, dirigióse rápidamente á esta ciudad por desusadas sendas, como práctico que era ya en el país, y apoderóse de ella por un atrevido golpe de mano. Avisado de ello Abderrahman, retrocedió con no menos precipitación, si bien Yussuf, no teniendo valor para esperarle en la ciudad, habíase corrido ya con su hueste, reunida otra vez á la de Samail, hácia tierra de Elvira. Allí los siguió el intrépido sirio, y acosándolos por entre los desfiladeros de la Alpujarra, dióles alcance en Almuñécar (*Hins Almuñecab*, fortaleza de las lomas), teatro de las primeras glorias de Abderrahman. Empeñóse allí otra mas brava y tenaz pelea, en que la fortuna favoreció segunda vez las armas del ilustre descendiente de los califas. Retiráronse á Elvira los vencidos, y parapetáronse al abrigo de la villa de los Judíos (756). La poca gente que á Samail quedaba, el prestigio que veía ir ganando al joven Omniada, la idea que este último golpe le había hecho formar de las altas prendas militares del ilustre emir, todo le movió á proponer á su compañero Yussuf el venir á una avenencia y transacción con el afortunado vencedor de Córdoba y de Almuñécar. Accedió á ello Yussuf aunque con repugnancia. Deseaba también Abderrahman poner término á tan sangrienta guerra, y estipuláronse los tratos. Mostróse en ellos Abderrahman tan generoso, que queriendo premiar á Samail por la parte que había tenido en la sumisión de Yussuf, le dejó el gobierno de la España Oriental. A Yussuf ofreció completo olvido de lo pasado, y este por su parte hizo entrega de las fortalezas de Elvira y la Alpujarra. Tremoló pues el pendon blanco de los Omniadas en todas las fortificaciones de las márgenes del Darro y del Genil, y los sometidos pasaron á tierra de Murcia, donde los hijos de Yussuf, mas tenaces aun que su padre, no dejaron de conspirar y atizar de nuevo la guerra.

Terminada esta campaña, procedió el joven emir (2) á visitar algunas provincias y ciudades principales, entre ellas Mérida, donde entró con gran pompa á la cabeza de sus fieles y distinguidos zenetas. Paseó la ciudad á caballo entre las aclamaciones de una multitud encantada de su amabilidad, gentileza y gallardía: él por su parte tuvo todavía ocasion de admirar los magníficos restos de la famosa Emérita de Augusto: trató con su genial dulzura á musulmanes y cristianos, y recibió allí los enviados de las ciudades de Extremadura y Lusitania que iban á ofrecerle sus respetos. Recorrió despues algunas comarcas de los Algarbes, y regresó apresuradamente á Córdoba con motivo del estado crítico de la sultana Howara, que á los pocos días le dió felizmente un hijo. Entonces, contando ya mas asegurado el trono (757), decidióse á hacer la capital del emirato asiento y corte del nuevo imperio. Las horas que los negocios del Estado le dejaban libre, entreteníalas agradablemente en los bellos jardines de Córdoba que le recordaban con placer los de su amada Siria. Para que fuese

(2) Aunque el objeto había sido hacer de España un imperio musulmánico independiente, los primeros soberanos Omniadas de Córdoba solo tomaron el modesto título de *Emires*; y aunque no usaron hasta mas adelante el de *Califas*, comunmente se los nombra en las historias árabes y cristianas desde Abderrahman I, ó califas ó reyes ó emperadores. Nosotros, hecha esta salvedad, emplearemos tambien cualquiera de estas denominaciones generalmente adoptadas.

(1) Conde, cap. 3.